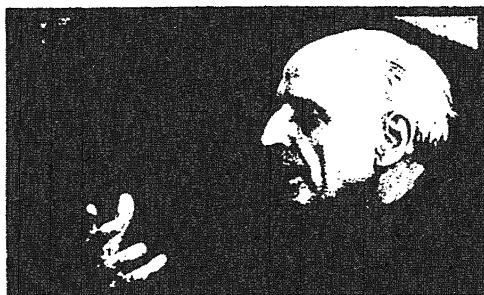


INCULTURACION

Documento de trabajo
de la Compañía de Jesús



Mayo 1978

Prescindiendo de matices controvertidos por los especialistas, en estas páginas entendemos por inculturación el esfuerzo que hace la Iglesia por presentar el mensaje y valores del Evangelio encarnados en formas y términos propios de cada cultura, de modo que la fe y la vivencia cristiana de cada Iglesia local se inserte, del modo más íntimo y profundo posible, en el propio marco cultural.

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2,4). Pero ha de ser a partir de la situación real y concreta en que se encuentran, es decir, a partir de su cultura.

Y no será difícil reconocer que las categorías empleadas para ese anuncio del Evangelio a veces resultaban extrañas e ininteligibles y que aceptar tal presentación del cristianismo conllevaba la alienación de la propia cultura.

La Iglesia percibe con una claridad sin precedentes la urgencia de poner fin a esta inadecuación entre contenido evangélico y términos y formas de fe y vida cristiana. Esta intuición, junto con otros elementos, permiten afirmar que la Iglesia está pasando de una época a otra: no sabemos qué proporción representan en el total de vida de la Iglesia estos 2.000 años de cristianismo y si son, o no, solamente el comienzo. Lo que es cierto es que la Iglesia sigue rejuveneciéndose en la medida en que supera cada período de transición y sigue descu-

briendo nuevos tesoros en el inagotable depósito de la Revelación.

Por otra parte, nuestros días son el inicio de una nueva época por el mero hecho del nacimiento de tantas nuevas nacionalidades, la creciente conciencia de la propia identidad y cultura, la competencia de las ideologías, la revolución tecnológica. La Iglesia no puede renunciar a asumir esas nuevas realidades y a dejarse asumir por ellas, encarnando el cristianismo en cada cultura y mediando entre ellas para que el conflicto se convierta en convergencia y comunión. "Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, también el Hijo se someterá a Aquel que le ha hecho Señor de todo. Y así Dios reinará completamente en todos" (1 Cor. 15,28).

El problema de la inculturación está íntimamente relacionado con la evangelización, porque toca la parte más profunda y sensible del corazón del hombre: la palabra de Dios tiene que ser transmitida de manera que, no sólo sea entendida, sino que vivifique el alma o mansamente o con una brusca interpelación. El hombre, al escucharla, ha de experimentar una radical conversión que debe expresar después en su vida toda. De ahí la necesidad de que esa Palabra le sea transmitida no en lenguaje exótico, sino en formas consustanciales con su propia vida, es decir, con su propia cultura.

Por eso la inculturación no es obra exclusiva de la Jerarquía (aunque sería cuestionable una inculturación al margen o en contra de quienes están constituidos como garantes de la integridad de la fe), ni de los teólogos o especialistas de las numerosas ciencias humanas que entran en juego, sino de ambos elementos y, no en último lugar, del propio pueblo de Dios. El pueblo sencillo, con sus tradiciones, su sabiduría ancestral, sus intuiciones, y sus sentimientos y problemas que a lo largo de los siglos han hallado formas determinadas de expresión, es un inmejorable elemento de referencia para una eficaz inculturación.

Aunque las expresiones de religiosidad popular deban ser purificadas ocasionalmente de errores, supersticiones y folklorismo, es patente la profundidad y solidez de la fe de los "sencillos de corazón" que, otras veces, han debido resistir a modas supercríticas e iconoclastas de algunos "inculturantes" desconsiderados. Debemos tratar esa fe con gran delicadeza humana

y gran exactitud antropológico-teológica.

La inculturación no trabaja solamente por grupos étnicos. Son también los diferentes niveles, que trascienden cualquier esquema geográfico, los que deben ser atendidos. El mundo de la ciencia, por ejemplo: la Iglesia debe acercarse a él con un lenguaje cuidadosamente probado e inteligible muy distinto del conveniente en una precatequesis entre gente sencilla.

La inculturación, ya se ve, es polifacética. Puede tener a veces manifestaciones aparentemente contradictorias, que no son sino aspectos distintos de un mismo Espíritu que quiere que todos los hombres entiendan la Palabra de Dios y la hagan savia de la propia vida.

ALGUNAS REFLEXIONES TEOLOGICAS

La Encarnación del Hijo, motivo y modelo de la inculturación

La Encarnación del Hijo es el motivo primario y el modelo perfecto de la inculturación. Como El, y porque El lo hizo, la Iglesia se encarna, del modo más vital e íntimo posible, en cada cultura, enriqueciéndose con sus valores y aportando la única redención de Cristo, su mensaje y la savia para una nueva vida. Ninguno de esos valores puede ser ignorado o suprimido: todos deben ser favorecidos y asumidos (LG.13).

El Hijo "plantó su tienda entre nosotros" (Jn. 1,14) haciéndose un hombre concreto, Jesús de Nazaret, con todas las limitaciones que ello implica. La Encarnación se realiza en un régimen de particularidad. La economía de la salvación se presenta así, con los caracteres, a primera vista desconcertantes, de una paradoja: la universalidad y la particularidad. Dios entra en la historia como individuo, pero trascendiendo en el alcance de su redención, todas las particularidades. En su gloria pascual se recapitularán todas las cosas habiéndose encarnado como hombre concreto, con genealogía según la carne, en un lugar, un tiempo y una cultura perfectamente circunscritas.

El hombre de cualquier tiempo y lugar entra en contacto con la Palabra a través de una comunidad concreta, en un cuadro cultural en que Cristo puede también insertarse. Cuando una

comunidad se abre a la Buena Nueva manteniendo su identidad cultural, su inserción eclesial es más auténtica y la Iglesia se enriquece con nuevos valores. La común participación en la vida de Cristo es también un punto de encuentro y fraternidad de todas las culturas.

Cruz y Resurrección en el proceso de la inculturación

La inculturación no puede hacerse a expensas del contenido de la revelación. Como cada hombre, así también toda cultura para ser asumida debe participar de la muerte y resurrección de Jesús, siendo purificada, elevada y perfeccionada por la fe. (GS. 58).

A idéntica purificación debe someterse también la Iglesia: sus enviados a anunciar la Buena Nueva a una determinada cultura, deberán previamente desposeerse de la propia y dejarse asumir por la cultura de adopción. En ello se manifiesta que el Pueblo de Dios, "siendo uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos" (LG. 13).

Pentecostés y catolicidad: el Espíritu Santo y la asunción de cada pueblo y cultura en Cristo

La inculturación comporta un proceso que en la comunión intratrinitaria, en el Espíritu Santo, encuentra su perfecto tipo y su agente vital. Al dar, el hombre es imagen del Padre (Ct. 5,44) y al recibir, imagen del Hijo (Mt. 25,40). Divina dignidad de quien recibe, no menos que la del que da, en manifiesta igualdad y comunión. Esta comunión es unión según la unión de Dios (Jn. 17,22), es el Espíritu Santo.

La transformación de la humanidad debe hacerse según el ideal de esta vida trinitaria donde todos lo poseen todo en común porque todos existen en comunión y dándose mutuamente, y recibíéndose a sí mismo en el otro, viven en perfecta reciprocidad. Esto quiere decir que sólo se posee la propia cultura perdiéndose a sí mismo, entregando la propia alma. Sólo se posee lo que se da y sólo se encuentra lo que se pierde, porque el hombre renacido a la vida divina sólo existe amando en reciprocidad, en la nueva comunión de los hijos de Dios.

Así, la comunión entre las diversas culturas no es según una relación de dependencia, sino de mutua prioridad, en la

que cada uno retiene la propia originalidad en el libre dar y recibir.

Así como el Hijo asumió por la encarnación la particularidad de una humanidad, el Espíritu está presente en todas las particularidades de cada nueva inculturación manifestando la riqueza de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

En esa acción del Espíritu se justifica el legítimo y razonable pluralismo dentro de la unidad de la Iglesia. Cada manifestación representa el todo de la Iglesia, refractada en una particularidad. Y así la Iglesia realiza su catolicidad.

Iglesia local e Iglesia Universal

La "Iglesia particular", en la que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo (CD. 11), es la realización del cuerpo místico de Cristo en una región o pueblo concreto. Esto supone que tal Iglesia ha de vivir y expresarse en función de la cultura y tradiciones de ese pueblo y, concretamente, en su lengua. Cada Iglesia particular es, pues, una Epifanía de la única Iglesia universal a la que reproduce en una fisonomía concreta.

La Iglesia es una comunidad eucarística

Cada Iglesia particular enriquece a las demás con sus propios dones, y se enriquece con las aportaciones de las demás y con la expresión de una multiforme unidad. La Iglesia, maravillosa simbiosis entre unidad y diversidad, se manifiesta como sacramento de unidad y fraternidad entre los hombres. Y, al ser consciente que todos estos dones provienen del Espíritu, que el Hijo nos mereció del Padre (Jn. 14, 15-28), la Iglesia es también comunidad de acción de gracias, comunidad eucarística.

Dios invita al banquete escatológico a todos los pueblos: "De Oriente y Occidente vendrán y se sentarán a la mesa de Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos", dijo Jesús maravillado de la fe del centurión (Mt. 8,11). Hay en esas palabras un contenido escatológico: nada debe perderse, todo debe perfeccionarse y llegar a plenitud en el último día. Pero los pueblos que llegan a la fe, han de hacerlo conservando su identidad, y hacer de ella un valor de comunión y acción de

gracias. La inculturación es un movimiento que se sitúa al interior mismo del proceso vital de la Historia de la Humanidad, no es un retroceso al nacionalismo sin horizontes o a la fragmentación.

Corolarios y preguntas

a) ¿Es el Cristianismo una cultura?

"El Evangelio y por consiguiente la evangelización no se identifican con cultura alguna" pero "no son incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna" (EN.20). Y esto, según el documento del Sínodo de 1974 lo hace de un modo nuevo y exclusivo: predicando la necesidad de conversión personal, la violencia del reino, la caridad, el nuevo tipo de relaciones humanas promulgado en las bienaventuranzas.

Sin embargo, al menos a nivel de formulación y práctica no siempre será fácil determinar lo que es específicamente cristiano y lo que es una aportación cultural. Ya los apóstoles tenían ese problema; y todavía lo tenemos nosotros, tanto más, cuanto que las ideologizaciones de la Filosofía y Teología posteriores, en especial la aristotélico-tomista, han fijado como perennes elementos culturales específicos.

Cristo no cambia al cambiar los tiempos. Pero sí cambia la explicitación de su mensaje y cambia también el modo del compromiso de sus discípulos. En tales cambios debe seguir siendo el Espíritu el que "renueva todas las cosas".

b) Inculturación en la tradición eclesial

La inculturación es una realidad ya en los tiempos apostólicos. El Evangelio se predicaba y la fe se vivía en contextos culturales diferentes y sucesivos: el palestino-aramaico, el de los judíos de la diáspora, el de los establecimientos helenísticos, etc. ¿Qué consecuencias tiene este hecho histórico con vistas a la posibilidad y conveniencia de un pluralismo de modelos de vivencia cristiana y de expresión doctrinal?

c) Inculturación y desarrollo doctrinal

¿No ha sido el imperativo de la inculturación (sin que esta

palabra existiese todavía) una importante idea-fuerza en el desarrollo doctrinal de épocas preteritas? ¿No cabría esperar también este fruto en el futuro?

d) "El Pueblo" y la inculturación

En algunas regiones se insiste en el concepto "el pueblo" y "los pueblos". ¿Qué son "los pueblos" teológicamente hablando, y cómo individualizan la inculturación? ¿Qué relación hay entre los "pueblos" y el Pueblo de Dios? ¿Cuál es el papel de la Iglesia en la Historia de cada pueblo: en los que se encuentran aun en estado veterotestamentario, en los de religiosidad primitiva, en los de religiosidad vacilante, en los de religiosidad perdida?

Los pobres, los oprimidos son un lugar privilegiado para la inculturación de una Iglesia concebida en función de los "pobres de Yahwé".

La inculturación de la fe es también una forma de liberación en cuanto contribuye a desalojar, con los valores de la Buena Nueva, los falsos valores de culturas ajenas, impuestas: la dominación cultural es una forma de opresión.

e) Inculturación/Evangelización como diálogo

Hoy se insiste acertadamente en que la evangelización debe entenderse como un diálogo entre la "Iglesia en misión" y los pueblos a que es enviada. Una finalidad de este diálogo es descubrir los "semina Verbi" latentes en las culturas locales, y hacer "explícita la cristianidad implícita", enriqueciendo de paso la comprensión que la propia Iglesia tiene del mensaje evangélico y de su propia vida. Será importante fijar criterios para discernir esos "semina Verbi", y hacerlos operantes en la cristificación de las culturas y en la pastoral y catequesis.

Es lamentable que en el pasado algunas veces el monólogo haya impedido el diálogo, desconociendo los valores de las culturas locales, y que se hayan cometido errores históricos de larga y difícil reparación.

La inculturación presupone una purificación

Ya se ha hecho referencia a la presencia de la Cruz en

el proceso de la inculturación. Pero conviene detallar las dos purificaciones que toda obra de inculturación comporta:

a) El evangelizador que llega desde el exterior de la cultura habrá de pagar como indispensable precio de su capacitación, un radical desposeimiento de sus anteriores valores culturales y de su "modo de ver las cosas". Es una penosa y auténtica muerte, más costosa quizá que la ardua tarea asumida por los antiguos "misioneros".

b) La cultura que está siendo asumida como nueva encarnación del inmutable mensaje debe purificarse también para poder responder plenamente al Espíritu y ser expresión de una vida cristiana. Se necesita también esta purificación para poder asumir localmente las responsabilidades propias de la nueva Iglesia con libertad, valentía y creatividad, incluso con el riesgo de cometer, ellos también, errores que la experiencia iluminada sabrá enmendar. La inculturación exige un riguroso ascetismo y el ejercicio de la propia responsabilidad.

La catequesis, transmisión de cultura

Concebir la catequesis como transmisión cultural, y no sólo como didáctica doctrinal, es ya algo admitido. Porque el cristianismo es, más allá de un conjunto de verdades, un mensaje de salvación. De este hecho se deriva:

-una nueva cosmovisión, en que la historia de la salvación es el acontecimiento fundamental y una nueva antropología que considera al hombre, sobre todo, como hijo de Dios y sujeto de salvación.

-un nuevo tipo de relaciones humanas, basadas en las líneas del sermón de la montaña.

La catequesis tendrá por objeto, precisamente, buscar en cada nueva cultura la expresión de estos valores cristianos en términos autóctonos.

Inculturación y promoción de la justicia

Si la inculturación es un hecho vivencial, es claro que supone también la identificación con los sufrimientos de un pueblo y con sus ansias de liberación y crecimiento en los auténticos valores. Así la inculturación exige que todos trabajemos, direc-

ta o indirectamente por los pobres y **desde** los pobres, en el sentido de que hay que evangelizar desde la perspectiva de los pobres de Yahwé, de la pobreza de espíritu que nos prepara para acoger a Cristo. Inculturación y promoción de la justicia se suponen mutuamente.

Para una minoría la inculturación puede exigir incluso la identificación auténtica con los más desposeídos: a través de ellos la Iglesia sabrá en qué cultura se encarna y qué modalidad concreta debe revestir su obra de salvación y liberación. Será también la reparación de pasados excesos en la colaboración con los poderes coloniales.

PROCESO DE INCULTURACION

La inculturación presupone, en primer lugar, una nueva actitud mental en las Iglesias del viejo mundo, tanto la Latina como las Orientales: la renuncia al complejo de superioridad y al monopolio de las formas. Hace más de un siglo que el mundo ha dejado de tener signo europeo (no digamos ya mediterráneo). Y está dejando apresuradamente de tener signo occidental. El número de nacionalidades, con identidad diferenciada, se ha duplicado en poco tiempo y los hemisferios contrapuestos ya no son Este y Oeste sino Norte y Sur.

La Iglesia, que debe trascender toda división, ha de comenzar reconociendo la existencia de culturas y civilizaciones que son en potencia -y deben ser de hecho- portadoras de los valores de fe y vida cristiana. Y debe disponerse a obrar en consecuencia.

Existe el peligro de que las nuevas naciones, por excesos de reacción contra un triste pasado, absoluticen sus propios valores culturales, cerrándose a toda aportación ajena. Esto dificultaría enormemente la inculturación.

La inculturación comienza de hecho con una aproximación científica y una inserción. Profundos y complejos estudios interdisciplinarios serán necesarios para conocer la cultura. Sin ellos, cualquier aproximación a la cultura será superficial y subjetiva, cuando no folklorista o parcial e incluso improvisación o experimentalismo contraproducente.

Y hace falta también una inserción, pues los más íntimos valores sólo podrán ser percibidos "desde dentro". Pero está

más inserto en un pueblo que quien por nacimiento y cultura pertenece a él. De ahí el papel fundamental del mismo pueblo, con su intuición, con su capacidad de identificación de aquello en que se siente expresado, con su certera selectividad de lo que le es congénito.

Puede y debe procederse a la experimentación condicionada y sujeta a evaluación, y de modo gradual. Lo que no puede hacerse es "jugar" a la inculturación ni manejar las tradiciones y cultura de un pueblo de manera irreflexiva o destructiva. La intercomunicación de reflexión y experiencia marcará el ritmo a la inculturación.

En ese flujo y reflujo de experiencia y reflexión, la Iglesia a medida que se va encarnando, se siente interpelada y enriquecida, salen a la luz los "semina Verbi", y se robustece la identidad de la Iglesia local.

DIFFICULTADES Y TENSIONES

La inculturación es una difícil y delicada tarea. Puede quedar bloqueada inicialmente por dos actitudes mentales inmovilistas:

a) A algunos podrá parecerles innecesaria. Las cosas están bien como están, y no se ve qué aportaciones sustanciales podrían hacer otras culturas, de esquemas mentales prácticamente irreconciliables con el cristianismo, o apenas desarrolladas y necesitadas de radicales purificaciones. El complejo de superioridad a que se ha aludido ya, está latente en esta disposición.

b) Otros pueden juzgarla imposible. La inculturación -en todo lo que sea más que una acomodación de las formas- pone en peligro la unidad de la confesión cristiana, e introduciría un pluralismo capaz de afectar al contenido mismo de la revelación.

Otro tipo de peligros amenaza también a la inculturación:

a) Los apriorismos de una inculturación de laboratorio, sin contacto con la realidad concreta: "La evangelización pierde mucho de su fuerza y su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su "lenguaje", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta"(EN.63).

b) El liberalismo, que, con tal de inculturar, aceptase cesiones incompatibles con la integridad del depósito de la revelación, o expresiones de fe y formas de vida inconciliables con valores perennes de la Iglesia universal. El cristianismo debe ser presentado con todas sus exigencias, en toda su pureza e integridad. Esa incapacidad de compromiso ha sido, desde los tiempos apostólicos, una constante en la Iglesia. Pablo se niega a mitigar el Evangelio para agradar a los hombres (1 Cor. 1,17; 5,7; 9,12; Gál. 1,10 y 2,11).

Pero, aun superando esas dificultades de concepción, la inculturación es un proceso tan rico en aspectos, y afecta tan directa y vitalmente a la evangelización y al hombre que se cristianiza, que, inevitablemente, han de surgir tensiones dialécticas, aporías aparentes y disyuntivas cuyos extremos pueden y deben conciliarse en un sereno y constructivo equilibrio. Por ejemplo:

- entre lo universal/inmutable y lo contingente
- entre el deseo de mantener la propia identidad (tanto en la Iglesia como en las culturas) y la necesidad de purificación
- entre unidad y pluralismo
- entre centralismo de la autoridad y el principio de subsidiaridad
- entre paternalismo ilustrado e igualdad de derechos
- entre la audacia/urgencia y la prudencia.

